



IGM: Del caballo al tanque y del globo al avión (¹)

Tercera parte

Andrés P. Mohorte
Periodista

El tanque, en los compases finales de una guerra que estaba cambiando todo.

De rigor es reconocer que el carro blindado, audaz innovación surgida de la inteligencia británica, con el objeto de sobrepasar el accidentado e irregular campo de batalla y el insuperable alambre de espino, había hecho su aparición en una fecha tan temprana como el 15 de septiembre de 1916. Sin embargo, por aquel entonces el Mark I era un amasijo de hierros comandado por 8 personas que tenía poca operatividad sobre el terreno. Con sus enormes ruedas de oruga destinadas a navegar sobre el barro, era poco maniobrable y sufría de incesantes averías técnicas.

En todo caso, la presencia de auténticos monstruos de hierro en el frente generó severos quebraderos de cabeza para las tropas alemanas, afligidas ante la visión de las peores pesadillas del sueño industrial. Aquel Mark I y sus sucesivos II y III, tan temibles y terroríficos en lo visual como ligeramente relevantes en lo bélico, espantaban a los hombres enemigos y los intimidaba de puro espanto.

Los tanques fueron introducidos en el campo de batalla por primera vez durante la Primera Guerra Mundial, aunque no siempre tuvieron un papel efectivo. Reino Unido inventó el primero y desarrolló los mejores modelos. Así todo, no sería hasta finales de 1917 cuando los ingleses comenzarían a dominar su manejo y maestría con el mejor ejemplo de todos, el Mark IV con 27 toneladas de peso y un blindaje de hasta 12 milímetros de grosor, fue utilizado con efectividad en la batalla Cambrai, gracias a sus seis ametralladoras ligeras ubicadas en los

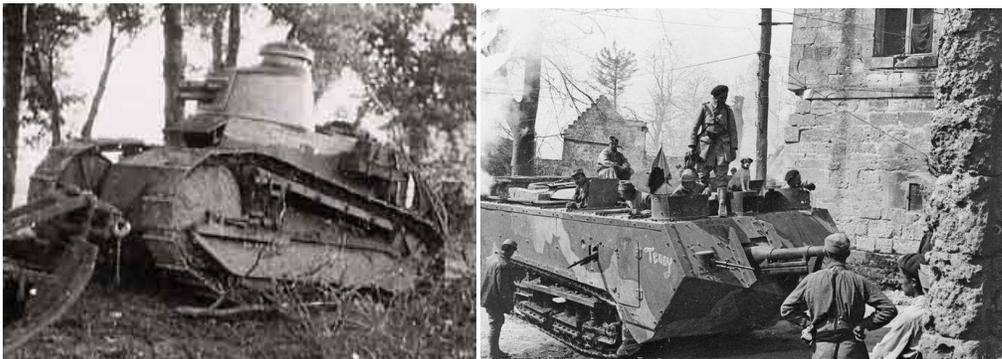
¹ 1 Nota del editor: La publicación original del periodista español Andrés P. Mohorte, disponible el sitio Web Xataka.com indicada, ha sido editada y complementada por Luis Filippi de Solminihac con referencias históricas de aquellos episodios más relevantes mencionados en el escrito. Ello con el propósito de entregar al lector una visión integral de ese importante episodio, que fue la Primera Guerra Mundial. Para su publicación se consideraron 3 partes con similar número de páginas. Agradecimientos por esta colaboración a Jean Pierre Hulaud y su permanente aporte a la Revista Tres Espadas



laterales del carruaje, perfectos para acabar en posiciones francas y protegidas con las tropas enemigas.

Las sucesivas evoluciones del Mark (hasta el X), fueron las más avanzadas y audaces de cuantos tanques se emplearon en la guerra, por más que en batallas del todo inservibles, por culpa de su lentitud (incapaces de perseguir al enemigo en retirada. En un terreno que solo les permitía, en el mejor de los casos, avanzar a una velocidad máxima de 6 kilómetros por hora, donde la bruma, los árboles despojados de sus hojas y los cráteres gigantescos repletos de agua transformaron Bélgica en un escenario de otro universo, como fue la cruenta y extensa batalla de Paschendaele.

Franceses y alemanes también introdujeron carros de combate durante este periodo de tiempo, aunque no al nivel de los británicos. Los franceses en particular utilizaron atractivos tanques ligeros como el Renault FT-17, que podían acompañar con sus más modestas ruedas de oruga y su pequeño cockpit acorazado a los soldados en terrenos más pequeños y resbaladizos. Sus primos St Chamond, sin embargo, estaban lejos de la efectividad de los Mark, con orugas muy cortas sobre chasis enormes que les hacían proclives al tropiezo y bloqueo.



Tanque Renault 17 y tanque St Chamond

La efectividad de los tanques varió con el paso del tiempo. Los británicos construyeron los primeros, mejores y más efectivos, mientras que los alemanes no supieron exprimirlos al máximo. Fue así como las fuerzas germanas nunca fueron capaces de emplearlos con éxito en sus diversas iniciativas de ofensiva. Sólo un diseño definitivo entró en combate durante los cuatro largos años de guerra, y fue el aparatoso y extraño A7V, conocido popularmente como el "monstruo".



Un AV7 "Monstruo" alemán transitando por las ruinas de Roye, una ciudad del Somme.

Pesaba más de 30 toneladas y contaba con un centro de gravedad inusualmente alto, lo que provocaba que fuera inestable, a lo que había de sumar numerosos puntos ciegos desde la cabina, un hándicap importante. Su alta velocidad (15 kilómetros por hora, nada menos) le permitió cierto éxito operativo en la batalla de Villers Bretonneux.

Un hecho importante de destacar fue que, en líneas generales, el alto mando alemán nunca logró coordinar el mando y control de sus medios con el mismo tino y éxito que el británico. Estos lograron reformular su cadena de mando, dotando de más interoperatividad y autonomía a los cuadros inferiores, y su forma de entender la guerra, acoplando dirección y estrategia en forma conjunta desde aire, artillería, infantería y carros de combate.

Fue la recta final de la Primera Guerra Mundial la culminación de la rápida evolución británica y de su inteligente adaptación. En efecto, el Reino Unido debió tomar la iniciativa en el frente, ante el exhausto e inoperante ejército francés, cuyas intentonas de carácter, aun clásicas y otras nuevas, elaboradas por generales pertinaces como Nivelles, fracasaron en su ofensiva en la primavera de 1917, Ello se debió a que los nuevos mandos alemanes Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff, tras la destitución de Erich von Falkenhayn, repelieron con éxito a sus adversarios sobre la Línea Hindenburg.



A finales de 1917 todas las facciones estaban exhaustas: las huelgas asolaban la credibilidad del gobierno del primer ministro Lloyd George en el Reino Unido, las insurrecciones se multiplicaban entre las divisiones francesas (con el consecuente castigo en forma de fusilamiento sumario de los generales), el descontento y el hambre comenzaban a hacer mella en Alemania, la tormenta perfecta de inoperatividad táctica y crisis

También la supervivencia política del Imperio Austro-húngaro, aliado de Alemania se agotaba en forma paulatina, agravada en el otoño de 1918, por dos derrotas militares, la batalla de Doiran en Macedonia, a la de Vittorio Veneto en el frente italiano, lo que significó el desmembramiento y el derrocamiento de la Casa de Habsburgo de los tronos de Austria y Hungría.

El Imperio Otomano también aliado con Alemania, en un sostenido colapso, económico y pérdidas de su territorio en Europa, decretó acciones desesperadas como el Genocidio Armenio, que generó reacciones en los aliados, con un bloqueo marítimo, acentuando la crisis económica, que ya vivía ese, alguna vez poderoso, Imperio Otomano, iniciado en el año 1299.

Una vez más, fue Reino Unido quien sumó de forma efectiva el despliegue de tanques y aviación a las nuevas herramientas de artillería, capacitadas para hacer daño en la retaguardia alemana. Sin embargo, fue la exposición alemana la que terminaría decidiendo el sino de la guerra tras años de conservadurismo, inestabilidad y una terrible mezcla de incapacitación e inoperancia entre los grandes generales.

Finiquitada la Rusia de los zares y cerrado el frente oriental tras la Rendición del gobierno bolchevique, Luddendorf y Hindenburg, más dedicado a la dirección política que a la militar, se toparon en la primavera de 1918 con una cuarentena de divisiones a desplegar en el Frente Occidental. Convencidos de la necesidad de un golpe maestro que hundiera a los aliados tras un año optando por replegarse, y apremiados por la creciente inestabilidad política interna de Alemania a causa del bloqueo británico, que a estas alturas tornaba en insostenible dada la carestía, ejecutaron con parcial éxito la Operación Michael.

Ante tan caótica situación, en un último intento desesperado y suicida, al que sólo un milagro podía haber salvado, Alemania lanzó la Operación Michael en la primavera de 1918 con objeto de romper en dos a los aliados, pero no tuvo éxito.



Epilogo de una guerra donde las antiguas estrategias militares no se adaptaron a los desarrollos de la industria bélica.

Desde sus inicios en 1914, la Primera Guerra Mundial, significó un constante desgaste de los países en conflicto, más allá de sus fuerzas militares, la economía y el soporte logístico requería de abundantes recursos por parte del estado, tanto materiales como técnicos. En esencia, cada nación debía hipotecar sus riquezas en beneficio de un triunfo muy esquivo.

Alemania, en particular, había resuelto por fin el dilema del "doble frente", tenía que forzar un final antes de que el poderío material de Estados Unidos hiciera inviable un colapso de las fuerzas aliadas o de que el Imperio Austrohúngaro, del que se sabía tentado de firmar la paz por separado, se hundiera.

Soldados estadounidenses a la carrera durante la Ofensiva de los Cien Días. Tras la última intentona alemana, las fuerzas se decantaron del lado de los aliados porque sus recursos, apuntalados de forma notable por Estados Unidos, eran mucho mayores. Cuando Alemania tuvo que reponer soldados y material tras la Operación Michael no contó con una potencia al otro lado del Atlántico que le apoyara, y se ahogó presa de su propia ambición.

Las tropas estadounidenses, por lo demás, no fueron determinantes a nivel operativo, sorprendiendo a sus aliados británicos y franceses por la inexperiencia e inmadurez en el combate. Por aquel entonces, Estados Unidos no había participado en demasiadas contiendas bélicas a gran escala.

Así, y en un ejercicio sorprendente y lanzado a gran escala desde la Línea Hindenburg que buscaba destruir a Francia y forzar la paz por separado con el resuelto y determinado Reino Unido, Alemania avanzó en unos pocos meses lo que jamás se había avanzado durante la Primera Guerra Mundial, llegando hasta las puertas de Amiens, Arrás o Lens, sin llegar nunca a tomarlas. Aquel bloqueo, aquella incapacidad física de llegar más allá, tambaleó los cimientos de las defensas aliadas, pero no su determinación de resistencia unificada ni sus cimientos estratégicos, apuntalados por los inmensos recursos de Estados Unidos.

Dañados, pero aún vivos, Reino Unido, Estados Unidos y Francia contraatacaron durante el verano de 1918. Alemania no había logrado provocar el hundimiento de sus enemigos, y tras la ofensiva suicida, que expuso de forma letal sus debilidades logísticas y de abastecimiento, se hundió paso a paso, incapaz de sostenerse sobre sí misma. Los meses que llevaron del verano al otoño fueron un sálvese quien pueda, generalizado entre la tropa germana y un delirante rechazo al fracaso por parte de Luddendorf y Hindenburg, quienes sólo accedieron al armisticio cuando la Revolución Bolchevique y el caos asolaban Baviera y Berlín.



El fin de la Primera Guerra Mundial había llegado.



Un soldado británico agarra una paloma blanca desde un lateral del blindado Mark V tras la batalla de Amiens.

Fue el inicio de la Ofensiva de los Cien Días de los Aliados, y el fin de Alemania en la Primera Guerra Mundial y junto a sus aliados se hundían en lo político y en lo militar, arrastrados por su desesperación. Así también se ponía fin a las tres grandes familias que habían reinado sobre los pueblos de Europa central y del este durante siglos: los Hohenzollern, los Romanov y los Habsburgo. El sistema dinástico, el Ancien Régime, se había desmoronado en cuatro años, redibujando el continente para siempre. Fue una revolución.

Aquella guerra también fue el inicio de la modernidad, del siglo corto descrito por el historiador británico Eric Hobsbawn, y también el principio del fin del arte de la guerra clásica.

La Primera Guerra Mundial allanó el camino para que en las siguientes conflagraciones los países se comprometieran en forma integral, incluyendo la subordinación del orden económico del estado al esfuerzo bélico. Además de los primeros ataques contra la población civil, de la propaganda como motor del



nacionalismo guerrero, de dos innovaciones que marcarían el futuro de la guerra para siempre (la aviación y los carros de combate), y de la reordenación definitiva de la estructura socioeconómica del mundo.

Fue una guerra estéril donde la victoria siempre se vio acompañada de la amargura y donde la derrota se sazonó con rencor, fermentando en los totalitarismos y en la escalada política hacia la violencia racial, destructiva y gestora de la Segunda Guerra Mundial cuyos inicios se dieron con la firma ominosa para Alemania del Tratado de Versalles. Sus repercusiones más inmediatas, fueron el inicio de un justificado nacionalismo germano, que habría llevado al poder a Adolf Hitler y a la Segunda Guerra Mundial.

Como conclusión, se puede afirmar que esa primera guerra mundial del siglo XX fue, en definitiva, el evento más transformador de la historia reciente del ser humano, un punto de no retorno que, a su término había costado más de 18 millones de víctimas y que había industrializado el terror para siempre. A fin de cuentas, una victoria pírrica con cuantiosas pérdidas también del bando vencedor, de modo que el resultado les fue funesto.



Firma del Tratado de Versalles